



TRES CUENTOS

Bruno Belmonte Alamañac

Los protagonistas, él y ella, viven en una gran ciudad. Son jóvenes y actúan con maneras de sonámbulo. Cada mañana toman el metro que los lleva a algún trabajo grisáceo, o, más probablemente, a unos estudios emprendidos sin entusiasmo.

Un día coinciden frente a frente en el mismo vagón. Se contemplan como dos peces ciegos de aguas profundas y un brillo gelatinoso ilumina sus ojos. Se quieren, desde ese día se quieren desesperadamente, con leyes arbitrarias, como tiranos de un pequeño reino. Limitan su amor al espacio de los vagones de metro. Se quieren sincronizados por el horario de los trenes; así es su amor, un mecanismo perfectamente ajustado, sin errores de maquinaria.

En sus viajes se toman de la mano y miran a través de las ventanillas la oscuridad de los túneles. Si el vagón está despoblado, se acarician con impaciencia y escuchan su respiración o el batir metálico de las ruedas contra las traviesas. Son impúdicos, son amantes en secreto, no usan palabras, como dos animales prehistóricos que nunca hubieran salido del subsuelo.

Al fin, en una hora punta, él es arrastrado por la multitud fuera del vagón. Se pierden en los andenes,

salen al exterior, a la claridad hiriente de la ciudad y sus vidas desajustadas. Cogarán autobuses, les arderán los ojos por la luz desusada y el llanto que no lloran, esperarán a deshoras que suene el teléfono y al cabo olvidarán.

El protagonista se ve obligado a tomar un autobús que realiza un largo trayecto a través de carreteras secundarias. Esto sucede en el auge de la canícula, y la perspectiva de atravesar una meseta extenuante provoca en R. —así denominado— un notable sentimiento de rabia.

Llegado el momento de partir, R. se acomoda en uno de los asientos delanteros del autobús. Su sufrimiento se agudiza cuando conoce a su compañero de viaje. Junto a él se sienta un hombre maduro al que R. examina disimuladamente. Representa al tipo característico de labrador, de manos encallecidas, piel curtida, los ojos pequeños y brillantes. El sudor dibuja dos amplios círculos en las axilas. R., despreciando cualquier signo de acercamiento, decide dejar patente su misantropía, y extrae de su mochila, casi al azar, un grueso tomo de Montherlant, en cuya lectura no está verdaderamente interesado. El texto subraya en varias ocasiones este libro de Montherlant, al que recurre no como símbolo sino como elemento rítmico.

R. lee, finge leer y finalmente se adormece. Tras un

sueño de duración imprecisa, R. despierta y comprueba la similar quietud de la meseta y la monotonía de las horas. Descubre repentinamente la ausencia del labrador, a quien había olvidado por completo. Piensa que mientras él estuvo dormido el autobús hizo una parada y el labrador descendió. Observa a su alrededor. Toda la parte delantera está vacía, pero no sabría decir si en la salida esos asientos estaban ocupados. Se inquieta levemente y lo achaca a sus nervios crispados, al cansancio. Retoma a Montherlant, sin éxito; sus sentidos están concentrados en percibir la presencia física del resto de viajeros. Se suceden en largos intervalos pequeñas agrupaciones de casas, aunque lo invariable de sus contornos parece sugerir un movimiento en círculo.

El calor y el murmullo del motor lo duermen contra su voluntad. Con un temor que lo sobresalta, se gira para fijar la posición de los viajeros. A pesar de sus esfuerzos, R. vuelve a dormirse. Sueña tópicamente con Montherlant o quizás con alguna vulgar película de terror. Despierta pensando "el autobús ha errado su trayecto, el autobús no se detiene en ningún punto". Toda la truculencia de su imaginación se vuelca en la figura del conductor, de quien le separa una mampara tintada. Piensa "me he quedado solo, estoy solo, he muerto, quizás hemos sufrido un accidente y todo esto no es sino una última ilusión de vida, en el autobús no queda nadie y eso querrá decir que estoy en lo cierto". Finalmente, como quien demuestra una obviedad sin interesarse demasiado, R. gira la cabeza.

El protagonista trabaja en una fábrica de un polígono industrial. Coge de madrugada un autobús que lo lleva al trabajo y, terminado su turno, con el mismo autobús retorna a su casa. Pongamos que no ha cumplido todavía la treintena, que tiene una pareja estable hace ya algún tiempo y que, en líneas generales, es una persona satisfecha de su vida. Una mañana, M. —llamémoslo así— sube a su autobús, se sienta en el lugar que acostumbra y contempla la ciudad. Que comienza a amanecer, como cualquier otro día. Dos paradas des-

pués sube al autobús un hombre de unos cincuenta años, a quien le falta el brazo derecho. La manga de la chaqueta, vacía, pende inútilmente. Al pasar junto a M., el puño de ese brazo inexistente roza levemente su rostro. M. siente un estremecimiento. Un horror placentero cosquillea su nuca, sus rodillas, sus dos manos. Ese día realiza su trabajo de un modo ausente. Al salir de la fábrica, en el autobús de regreso, el hombre del muñón vuelve a pasar junto a él.

Desde ese instante, M. espera con impaciencia el momento en que el miembro mutilado pasa a escasos centímetros de su cara. El sentido de sus días se concentra en esos dos breves encuentros. Su novia, cansada de que M. no le preste atención, de su prolongado mutismo, comienza a distanciarse. Rompen la relación, pero tampoco esto parece conmovir a M. Por otra parte, realiza distraído el trabajo en la máquina asignada. El encargado se lo recrimina varias veces y finalmente lo despide. A pesar de esto M. sigue tomando ese autobús cada día.

Una mañana el hombre del muñón no aparece, ni tampoco en los siguientes días. M. pregunta a los habituales y le informan de que a su hombre le han concedido la jubilación anticipada por invalidez. Sin motivos ya para cumplir con su rutina habitual, M. encuentra un trabajo en una oficina cerca de su casa. Regresa con su antigua novia. Comienza a pagar las letras de un coche.

